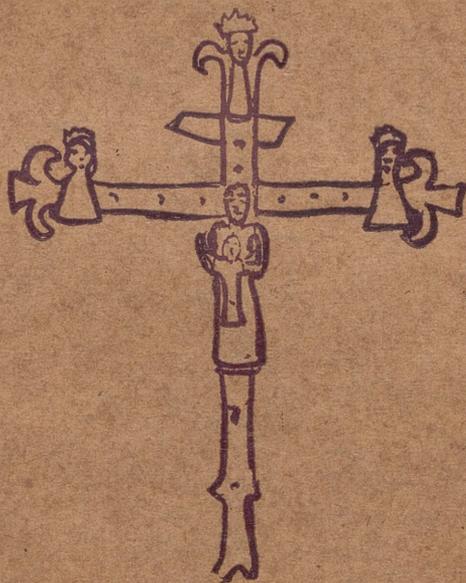




MIS  
HIERROS  
VIEJOS



SANTIAGO  
RUSIÑOL

FA-C4-1  
C75-16

Regalo á los suscriptores de

«El Eco de Sitges»

Ptas. 1'50

Arta 2<sup>o</sup> 8 p 3<sup>o</sup>

Mis hierros viejos



17  
C. 2

FA-C4-1

J-III

34.71.3.

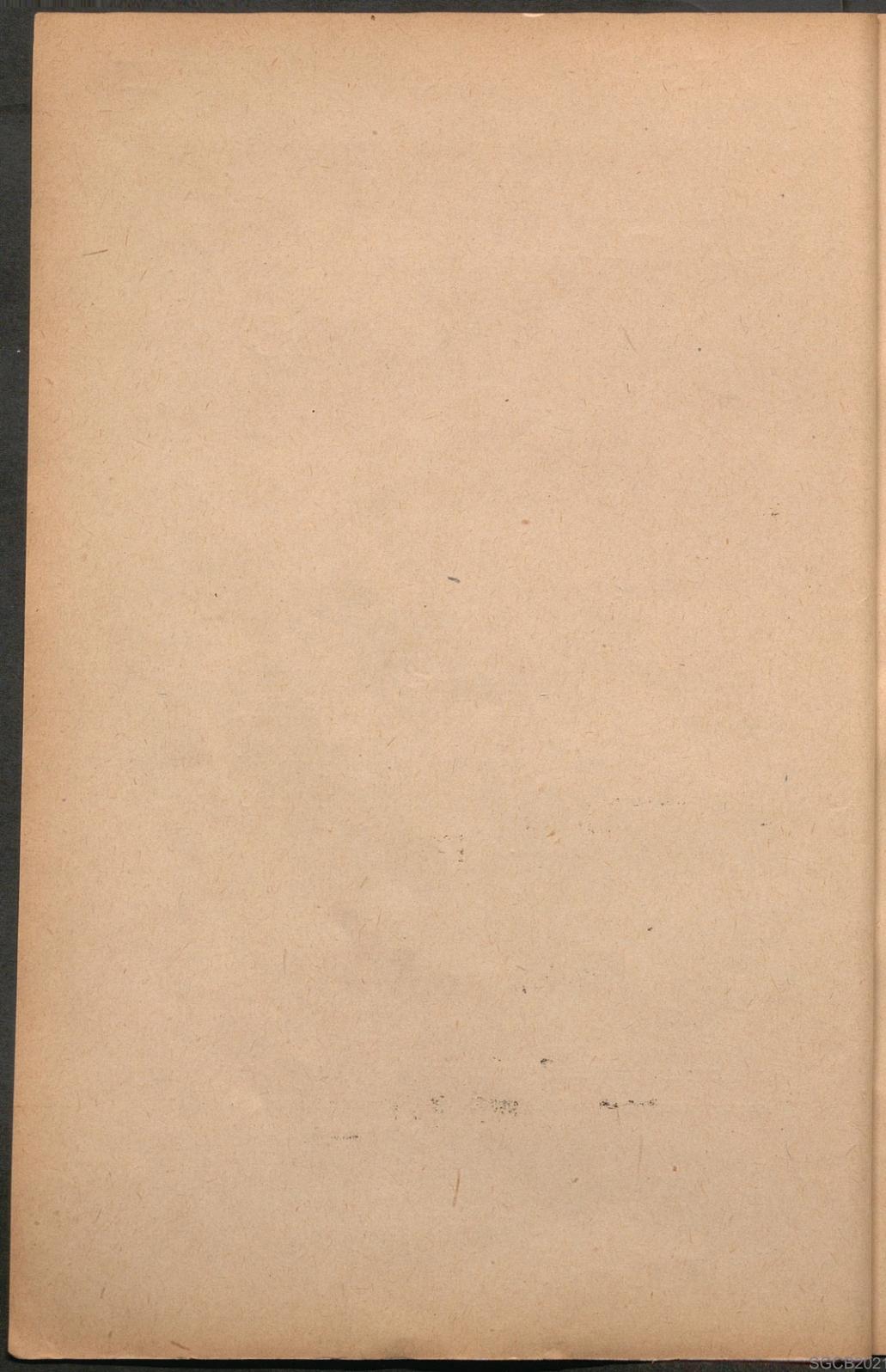
(E)

# MIS HIERROS VIEJOS



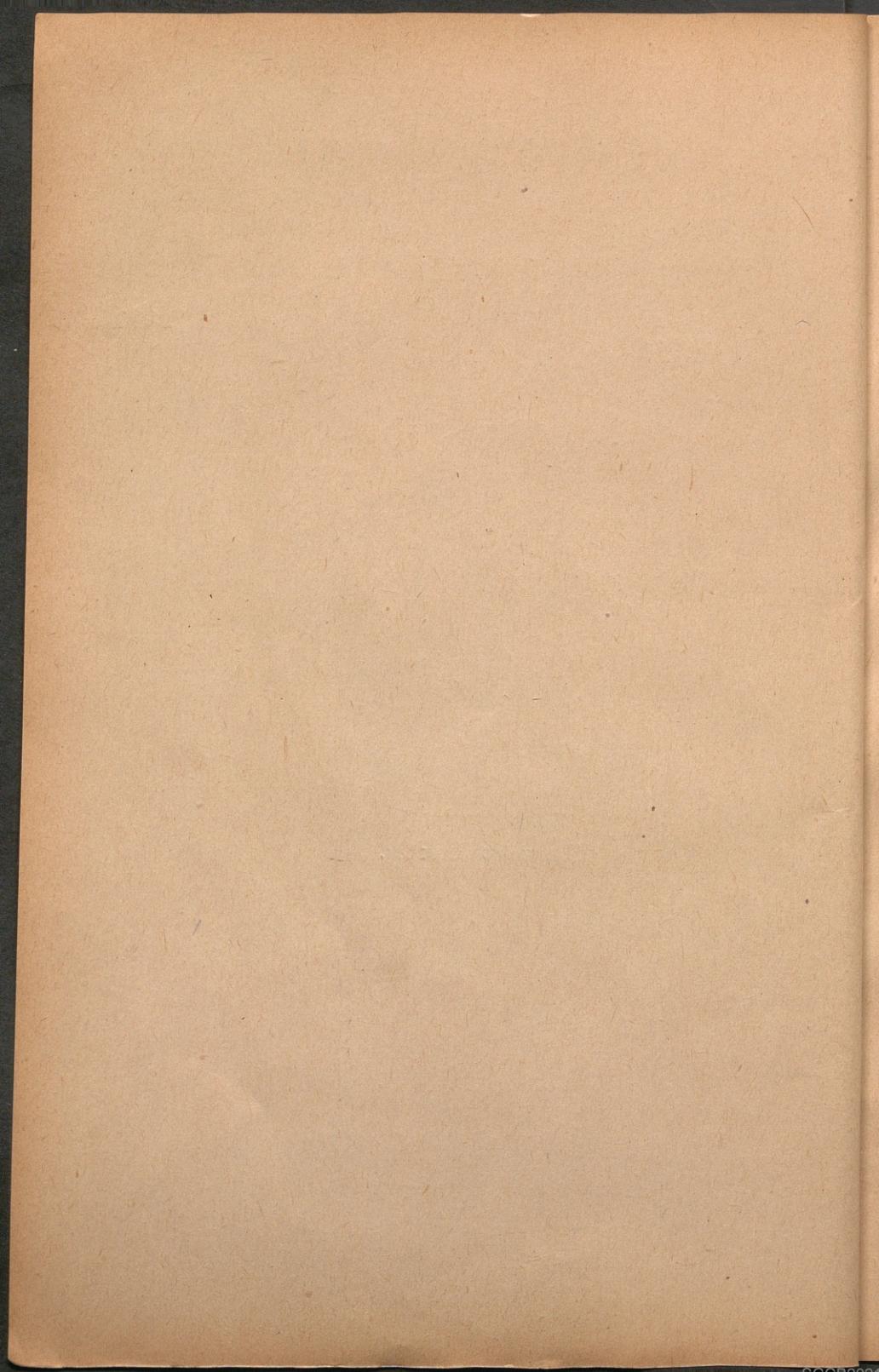
CONFERENCIA CELEBRADA EN  
EL SALÓN DE CÁTEDRAS DEL  
\* \* \* ATENEO BARCELONÈS,  
EN LA NOCHE DEL 21 DE ENE-  
RO DE 1893, POR SANTIAGO  
RUSIÑOL. \* \* \* \* \*

IMPRESA DE «EL ECO DE SITGES»: SAN PABLO, 12  
~~~~~ SITGES, 1900 ~~~~~





SANTIAGO RUSIÑOL



## SEÑORES:

La manía de poseer y coleccionar antigüedades es una enfermedad incurable. Ni la homeopatía, ni las hierbas milagrosas, ni los tratados de física, ni de moral, son eficaz remedio, ni lenitivo siquiera, para el que se siente inclinado á conservar lo que ha conservado el tiempo.

Con tal manía nacemos, los que nacemos con élla y con élla marchamos tan campantes á la tumba.

Si es una verdad la frenología (que bien podría ser) en el compartimiento del cráneo que al hombre destructor le corresponde un promontorio, según las reglas de ciencia tan ingeniosa, el coleccionista debe tener una profunda depresión. Ni la gran madre experiencia, ni las falsificaciones pagadas y sufridas en detrimento y menoscabo de una reputación de *sabio*, ni los muchos desengaños que sufre el más ladino en

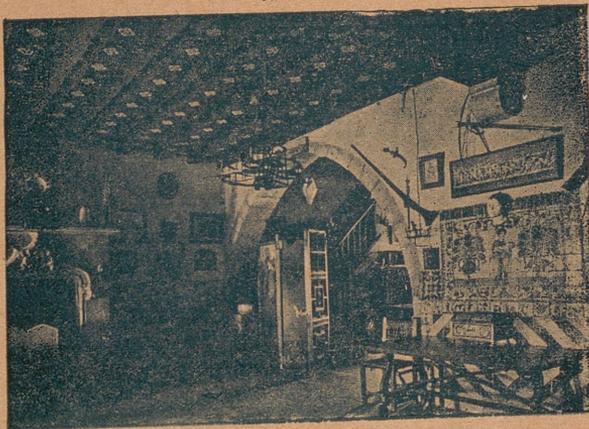
carrera tan espinosa, hacen mella en el alma del que siente con fervor la belleza de un mueble antiguo, de un pedazo de vidrio añejo, ó de un hierro enmohecido y patinado.

Desengáñese el que sufre la coleccionanía y deje de una vez de medicarse: que mientras haya tentaciones, con dinero ó sin él, tendrá que coleccionar, aunque no sea más que botones ó sellos de la clase de estancados.

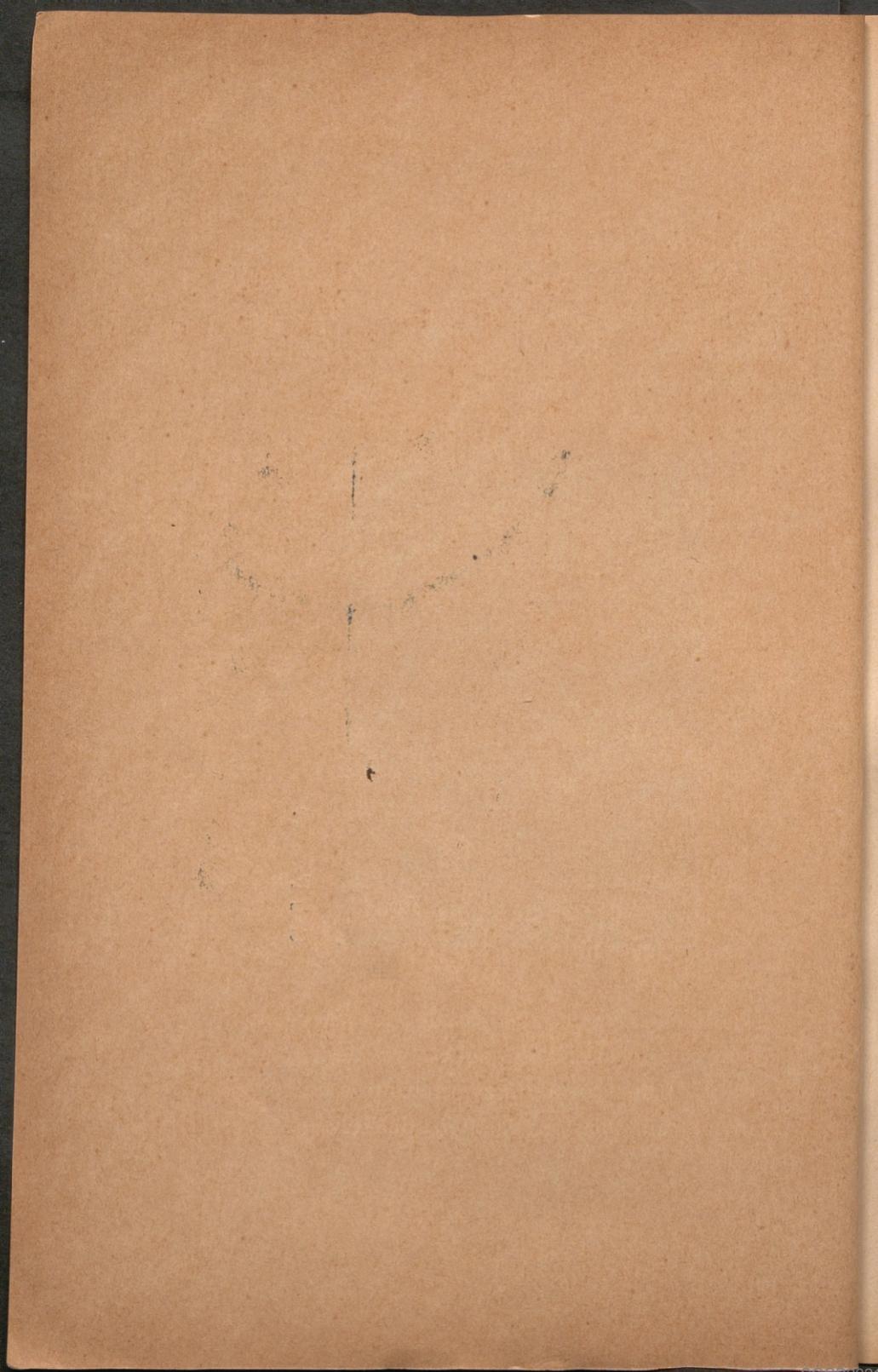
El amor á lo viejo, igual que los demás amores, de los que el linaje humano se ve tan perjudicado, no es posible saber cómo nace, ni cómo se cría en el pecho del pobre coleccionista. Brota al azar como las plantas silvestres, se arraiga en el corazón si encuentra el terreno favorable, y minando al hombre propenso á tal enfermedad, se apodera del mismo entendimiento hasta sentar reales en una naturaleza, lo mismo que un mal crónico cualquiera, de los que tan hermoso repertorio existen para entretenimiento y deleite de los dichosos mortales.

Lo que hay es que, dentro del mal, hay muchas, pero muchísimas especies, familias y variedades.

Dejando aparte los que coleccionan dinero, fincas rústicas, propiedades urbanas y otras cosas



CAU FERRAT



de mal gusto, y fijándonos tan sólo en los coleccionistas de chirimbolos antiguos, hemos de ver, que unos reúnen todo lo viejo por la sola condición de serlo, y llenan la casa de viejos chismes; otros aman las antigüedades que están de moda y se convierten en *diletantes* del pasado, sin otro amor á sus bellezas que el buen tono les reporta; algunos se amueblan la vivienda ó el estudio, de manera que les tengan por locos las visitas morigeradas que les frecuentan; los más, son anticuarios porque eso da carácter á la persona y acredita de erudito; y unos pocos, por puro amor á la belleza de la obra, que habiendo resistido la censura de los siglos y tenido que pasar por la lenta selección de tantas modas que fueron, ha llegado á nuestros días, si bella de nacimiento, hermoseedada aún más por la atmósfera saludable del camino.

Los maniáticos esos, son de entre la *clase*, los que mejor disfrutan de su incurable manía y son los anticuarios auténticos. Los que aman lo bello por el solo hecho de serlo y lo encuentran en el testamento artístico del pasado; los que sienten en sus obras el encanto del color y de la forma, aunque padezcan algunas amarguras debidas á tan extraña pasión, sienten deleites mayores



cuanto mayor es el mal y de más refinamiento. El placer que causa á la vista y al mismo tacto, un viejo objeto dorado del oro del tiempo, artístico y realmente bello, no es posible saberlo sin ser de esos últimos fanáticos. No es posible saberlo que llega á traducir el devoto de lo antiguo allí donde el mísero indiferente no ve más que telarañas y polillas. No parece sino que el aire, el sol, el viento y la lluvia de los siglos, han trabajado con pausa, labrando una patina para darles un gustazo que no puede disfrutar quien no comprende esas caricias del tiempo; que el misterio de una iglesia con su velada y dulcísima claridad ha teñido los objetos de cariñosa manera para dar una nueva sensación, que no puede adivinar quién no esté iniciado en estas santas locuras; que las simples obras de artífices han subido á obras de arte para darnos á admirar maravillas vueltas reliquias y que el tiempo nos conserva, dándonos como regalo lo que ha guardado con tino y aumentando el valor á nuestros ojos en pago de nuestro afecto.

Sabe un coleccionista auténtico, que un vidrio, un pedazo de tela, un hierro, un objeto cualquiera acabado de nacer, puede llevar en sí el germen de la belleza, el pensamiento entre

líneas, el contacto genial; pero encuentra que le falta la veladura que le irán imprimiendo el misterio de los años, el roce que al suavizar las líneas le abrigue con ese algo, que es como la niebla plástica que envuelve en aureola los objetos; la dulzura del modelado que sólo alcanzan á dar la lenta sucesión de muchos siglos. Que le falta, además, al objeto recién nacido, la autoridad de la obra madurada, que le falta sobre todo abolengo ilustre, adquirido en la eterna é imprecadera evolución que todo sufre en el mundo.

Esto ama el coleccionista. Pero más que esto y más que el valor de la obra, lo que la agranda á sus ojos, es el hecho de haberla recogido por sus manos, de haberla salvado de una destrucción segura, de haberla evitado el destierro de la patria y de tenerla bajo su amparo. Los objetos encontrados en medio del abandono, son los mimados del amante de esas cosas, los ama y considera como inválidos gloriosos de la eterna batalla de la moda, recogidos llenos de heridas; despojos del olvido y la ignorancia, que guarda como trofeos; bálsamo que calma con creces la fiebre de que hablaba Gavarny; aquella ansia, rayando en la codicia de tesoros hasta entonces perdidos para el mundo, cuyo hallazgo consti-

tuye un placer tan sólo comparable á la resurrección de un muerto ilustre.

¡Figuraos si hay emoción comparable á la que debió sentir el anticuario (si es que lo era), que haciendo excavaciones encontró la Venus de Milo entre los escombros de Grecia! Figuraos el placer que sentiría aquel hombre al contemplar aquella cabeza augusta, surgiendo de lo ignorado, el sentimiento de ver el torso sin brazos, el ansia con que debería escarbar la tierra para ver en conjunto aquella obra que iba brotando del suelo como una aparición sublime. Figuraos Mariette descubriendo las tumbas de las Pirámides y los sótanos de Tebas. El temblor de emoción con que debió penetrar en aquellas profundas é ignoradas galerías, la sensación que debióle producir la vista de aquellos reyes que parecían enterrados para siempre, el silencio y el latir del corazón con que debió descubrirles de su pesado sarcófago y la íntima satisfacción de devolverlos al mundo! Figuraos, en fin (para ver lo que puede esta pasión), el interés con que se siguen las continuas excavaciones en Pompeya, la trascendencia que tiene cada golpe de piqueta en aquel precioso tesoro, el entusiasmo de aquellos excavadores reconstituyendo el pasado, ora encon-

trando una estátua como el Narciso sobre una fuente de mármol, ó las armas de aquellos gladiadores, ya sintiendo á sus pies el suelo palpitante de recuerdos ó viendo aparecer sobre el rojizo muro algo nuevo ó desconocido, como el jugador que espera lo imprevisto que ha de labrar su fortuna.

«Era tal la fiebre que sentía al hacer excavaciones (decíame un anticuario que las hizo en un cementerio de Etruria), que desde el momento que tenía un sarcófago á la vista, hasta haberlo descubierto me era imposible dormir. A veces pasábanse varios días de insomnios y de angustias antes de llegar á la meta de mis locas ilusiones, presentábanse dificultades insuperables á todo hombre descreído, pero yo seguía luchando y de allí no me movía, ni aún por la noche, esperando el resultado. ¡Pobre era la mayor parte de las veces! Tan pobre, que mi fé costábame mi fortuna, y roto salía de mis pesquisas, lleno de barro, poco menos que hambriento y con la ropa hecha pedazos. Pero en cambio, cuando la fortuna me llevaba de la mano, guiándola hasta dar con algún tesoro antiguo, ¡entonces! ¡con qué entusiasmo daba por bien pagadas mis desventuras pasadas! ¡Con qué codicia miraba y besaba

cuasi aquella patina que parecíame de oro! ¡Con qué ardor continuaba mis trabajos llenos de hermosas promesas!

»El anticuario que no ha hecho excavaciones (acababa siempre diciendo), ni merece el nombre de tal, ni es digno de guardar antigüedades en su casa.

»No merece tener tesoros quien no ha sabido ganarlos.»

\* \*  
\* \*

Pero esos hombres, señores, son apóstoles de su pasión, y su reino, no es el reino de este mundo. Esos son padres de lo antiguo, mientras que nosotros, míseros coleccionadores, de lo antiguo somos tan sólo amigos y aún amigos con pequeños horizontes.

Desde que la moda ha impuesto las pobres antigüedades y la gente que antes coleccionaba millones, quieren lo que á veces no comprenden, el guardar una colección completa, no es propio

de enamorados platónicos, sino de gente que pague. El mercado ha convertido en negocio aquello que debiera ser sagrado, ha cotizado la belleza, ha convertido en capital, lo que era interés del pueblo, ha hecho sucumbir por competencia al amante de lo bello por lo bello, y los que tal consideramos y no tenemos millones y no podemos pasarnos de guardar algún recuerdo del arte de aquellos tiempos para nutrir nuestro espíritu, no nos queda más remedio que ser especialistas, subdividir la manía y coleccionar entre varios, lo que solos no podríamos.

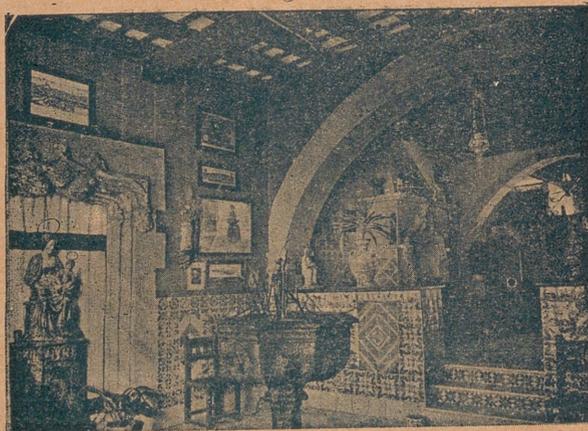
Encárganse unos de amparar las obras de cerámica, que á tan rara perfección llegaron en nuestra tierra; otros los vidrios de exquisita sutileza, compitiendo con sus rivales de Venecia; éstos muebles, armas aquéllos, y telas algunos, bordadas y tejidas con el arte refinado de unos tiempos en los que la competencia sólo existía para la obra de buen gusto. Subdividido el terreno, es más fácil llegar á tener un núcleo que pueda dar una idea de un conjunto, y esto me indujo, y me induce, á reunir mis hierros viejos.

Mi trabajo no ha sido un trabajo de erudito (que nunca fui aficionado á indagar la certeza de

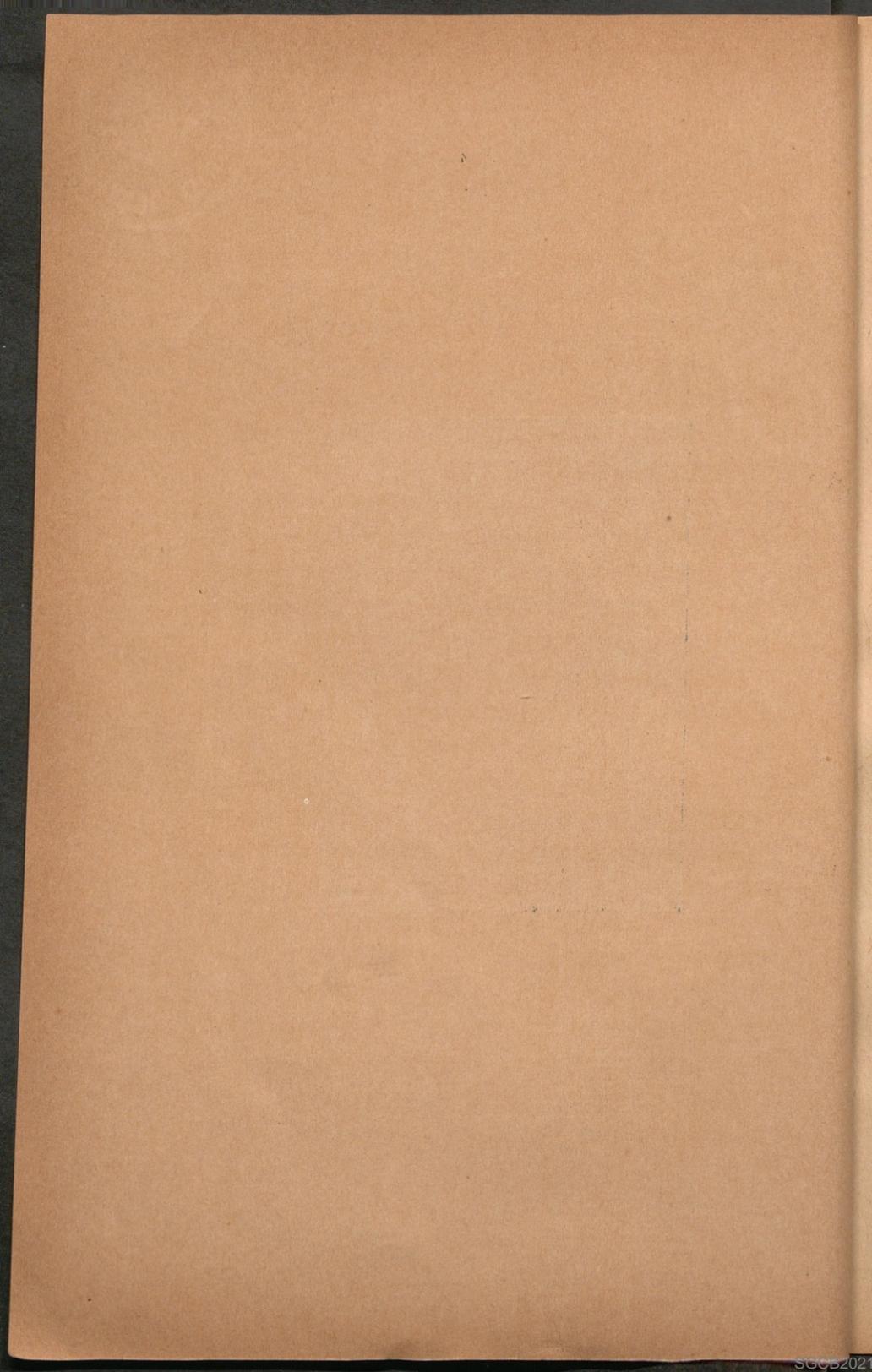
las cosas), sino puramente un deleite dado á los ojos, un goce para el espíritu, una especie de avaricia mezclada de admiración hacia los raros artífices, que bajo el misterio anónimo, realizaban verdaderas maravillas de buen gusto; mi trabajo, más que trabajo, ha sido la realización de un placer, mezclado de respeto hacia quienes para dar luz á su arte, se cubrían con la sombra; tarea ha sido la mía que me ha servido de enseñanza, dándome á comparar la modestia de los hombres de otros tiempos, con la pobre vanidad de nuestros contemporáneos.

Hoy día, que mejor se paga la firma, que se estima la labor, nos parece imposible que hubiera tantos artistas que vivieran ignorados; hoy que el que no usa colores no se cree soldado del Dios Arte, nos cuesta trabajo creer que tras la dura corteza de un herrero forjador, latiera un temperamento; y que tan callosas manos fueran dócil instrumento de gustos tan exquisitos.

Yo me imagino, señores, aquellas fraguas de la vieja Barcelona, como una escuela de la libre enseñanza del instinto. Allí, entre la oscuridad de aquellas tiendas negruzcas, bajo el sonoro cantar de continuo martilleo sobre el yunque, se me figura ver brotar de aquel fuego atizado por el



CAU FERRAT





fuelle, un arte sin estéticas, ni ridículas cortapi-  
sas, un arte libre como el humo, nacido del fue-  
go, y con el fuego laborado.

Allí se hacía el arte por el arte sin otra pre-  
tensión que el deleite que reporta el producir,  
allí se trabajaba con ese amor de convertir en  
belleza la materia, con ese afán de ver el pensa-  
miento hecho obra, y con solo la tradición por  
libros y por lema la independencia del arte, creá-  
base estilo propio, con la santa inconciencia de  
lo grande.

«El hierro en las manos de Hugues (nos dice  
Violet le Duc hablando de un forjador del siglo  
quince) parece suave como el plomo. Como una  
cera lo vuelve, lo estira, lo dobla y lo adelgaza.  
Lo mismo lo veréis labrando verjas, puertas y  
toscos cerrojos, que haciendo brotar de sus ma-  
nos cofrecillos diminutos, estuches y otros obje-  
tos, que creeríais labor de platería, de tan her-  
mosa manera está la materia trabajada.—Para  
labrar el candelero que véis (pone en boca de  
Hugues) aunque no os parezca pesado, cuando  
un hombre ayudado de un aprendiz solamente,  
ha de remover estas piezas en el fuego, marti-  
llearlas sobre el yunque, soldar las ramas, en-  
trelazar las flores y dar forma ligera á esta pesa-

da materia, creed que necesita muy sólida musculatura y constancia á toda prueba.»

Constancia á toda prueba y más que constancia, verdadero entusiasmo, era preciso para labrar las verjas que nos legaron como precioso tesoro; innato instinto de la forma, para seguir los pliegues de un cardo, estudiándolos con el amor de un botánico hecho artista; sesuda experiencia del trabajo, musculatura de hércules, visiones de mujer é imaginación soñadora, para inventar los grifos, grúas, saledizos, muestras y veletas, de aquella decoración sóbria y fantástica, que en sombríos edificios recuerda el contraste moral de una época caballescra y mezquina, amorosa y vengativa, supersticiosa y hermosamente pintoresca como fué aquella edad media.

Ella ha pasado y con ella la obra del cerrajero. Las máquinas con su fria precisión, hirieron de muerte el trabajo inteligente de una generación de artistas enamorados de lo íntimo de la forma; trocóse el uso artístico del hierro en el uso utilitario; la fundición reprodujo glacialmente, lo que ántes brotaba á impulsos de un sentimiento, y perdido todo cariño á lo inédito, el hierro entró en la era del antipático cromo.

Hacer sólido y barato, ha sido el lema de estos dos tercios de siglo.

En ellos, no busques coleccionista ni un asomo de original tentativa, ni un rayo de luz para la colección de tus sueños, ni una página sincera.

Sólo estragos del barroquismo. Déjalos, recoge lo que se hizo y espera lo que se hará, que afortunadamente para los coleccionistas futuros, el arte se reacciona y ellos tendrán en sorpresas lo que nosotros fundamos en hermosas esperanzas.

\* \* \*

Entretanto, ya que os he hablado de la manía coleccionadora general y de los hierros del prójimo, permitidme que os hable de la mía y de los míos, y de cómo he adquirido algunos ejemplares de mi colección querida. Así como el viejo calavera siente deseos de explicar las conquistas de su tiempo y el veterano las batallas de

su época, también nosotros tenemos la cuerda triste de contar cómo un viejo cerrojo ó un gótico llamador ha caído en nuestras manos y en virtud de qué medios y tropiezos.

Si de todos pudiéramos saber su vida íntima, si tuviera el poder de hacer narrar á esos pedazos de hierro lo que han visto en su larga estancia en este mundo, oiríamos historias que nos harían gozar y estremecer al mismo tiempo. Para muestra viviente de lo que podrían decir, permitidme que os recuerde la destrucción de Consuegra, y lo que allí, en aquel campo de ruinas me dijeron dos góticos llamadores.

«Recorriamos Consuegra.

»Aquello era el campo de la muerte, una segunda Pompeya, pero una Pompeya respirando aún tibia y palpitante de su reciente agonía.

»En vez de aquellas calles muertas de la ciudad del Vesubio, la muerte aquí también, pero con restos de vida latientes todavía. Lodo aquí en vez de ceniza, materia fermentada, en vez de materia inerte, y en lugar de la quietud y soledad de la villa romana sepultada, el movimiento de un pueblo abatido de sufrimientos espigando en los pobres restos de la hecatombe como un enjambre de hormigas que ha visto su cueva

destruida, y con el grano de trigo se encamina desorientada á otra parte.

»Techos hundidos sobre otros techos, tapias volcadas, pajares aplanados, tejas, puertas claveteadas, macetas de flores, tejas y cimientos, todo estaba allí revuelto, de arriba abajo. Las casas eran llanos y montones los antes floridos huertos, llenas estaban las plazas de guijarros y de inmundicias las calles y en medio de tanta destrucción, sólo el río, causa de tantos horrores, bajaba tranquilo y trasparente con sublime y desesperadora inconciencia.

»Más allá, ya léjos de la hoy mansa corriente, las casas que no cayeron sosteníanse por milagroso equilibrio y derrumbado el techo, abiertas de parte á parte, mostraban por sus heridas sus adentros y el íntimo amor del hogar con que fueron vestidas y adornadas en tiempos más venturosos.

»Por primera vez entraba el sol en aquellos interiores vírgenes; azotábales el viento en plena frente y la misma llar y la recóndita alcoba, por vez primera mostraban su humilde pobreza al aire libre.

»¡Qué cuadro aquél!

»La humedad, aquella humedad que brotaba

de los muros, parecía el llanto del edificio. Eran lágrimas que lloraban las paredes, lágrimas de ruboral sentirse sin abrigo á la mirada azul del cielo.

»Veíase aquí pendiendo un reliquiario, más allá una estatuita, al otro lado una imagen veneranda; la pila de agua bendita llena de lodo al lado de la cama destruída, la cuna amontonada con la rueca, el ramo de laurel sobre escombros; retratos queridos hinchados por la humedad; clavos solitarios sobre solitarios muros, los frutos de la cosecha, los enseres del trabajo, todo lo que se ama y conserva en el mundo con devoción y cariño, destrozado, roto, perdido, y en lo más alto, sosteniéndose en los últimos balustres sobre una ventana con el cielo por fondo, una sencilla palma veíase clavada allí, como llevada por la corriente y detenida, pidiendo auxilio en aquel balcón sin fondo.

Esta es la descripción que hacía de Consuegra y recorriendo las ruinas. añadía que más allá, en una casa medio tumbada ví dos hermosos llamadores colocados con soberana arrogancia y gallardía.

»Verlos y despertarse en mi ánimo el instinto de incurable coleccionista, fué obra brotada

espontáneamente de mis adentros. ¡Eran góticos nada menos! góticos! y dos llamadores góticos son tentación que no resistiera San Antonio á ser amante de antigüedades.

»Rodeados de clavos, destacábanse con soberbia majestad. Intactos los dos, gemelos, concebidos por la misma mente, forjados sin duda en la misma fragua, conservaban la frescura de la obra acabada de nacer, suavizada por las caricias del tiempo. Dos cabezas de dragones, de fantástica mitología, sostenían los anillos, una forjada flor los recibía y enredadas entre yerbas dejadas allí por la fuerza de las aguas, se dibujaban sobriamente la rodela de hojas góticas, rudas de formas, pero espontáneas y forjadas de un solo trazo.

»Los contemplé largo rato, codicioso.

»Levanté los anillos y movidos por una fuerza tentadora, ellos mismos llamaron al dueño de la casa, que llegó y con él arreglamos el contrato. ¡Por fin los llamadores fueron míos!

»Luego el herrero los arrancaba de las puertas. La lucha fué tan encarnizada que hubo un momento en que por lástima los hubiera abandonado. Aquellos hierros incrustados en la madera como un molusco á la peña, no querían

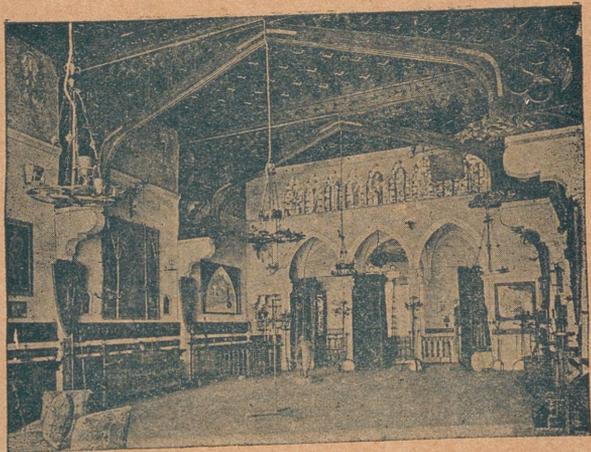
moverse de la casa en que les había estrechado la mano de varias generaciones, allí habían echado canas de antigüedad y se habían adherido al madero de tal modo que tuvieron que romperles las raíces, para echarles fuera de aquella que fué su cariñosa morada.

»En vista de resistencia tan heróica, todos preguntaban el porqué de tal estruendo. No sabían darse cuenta de aquel trastorno jamás visto en la Mancha, hasta que dijo una mujer dirigiéndose á una amiga:—Chica: se los llevan porqué han salvado á tres hombres.

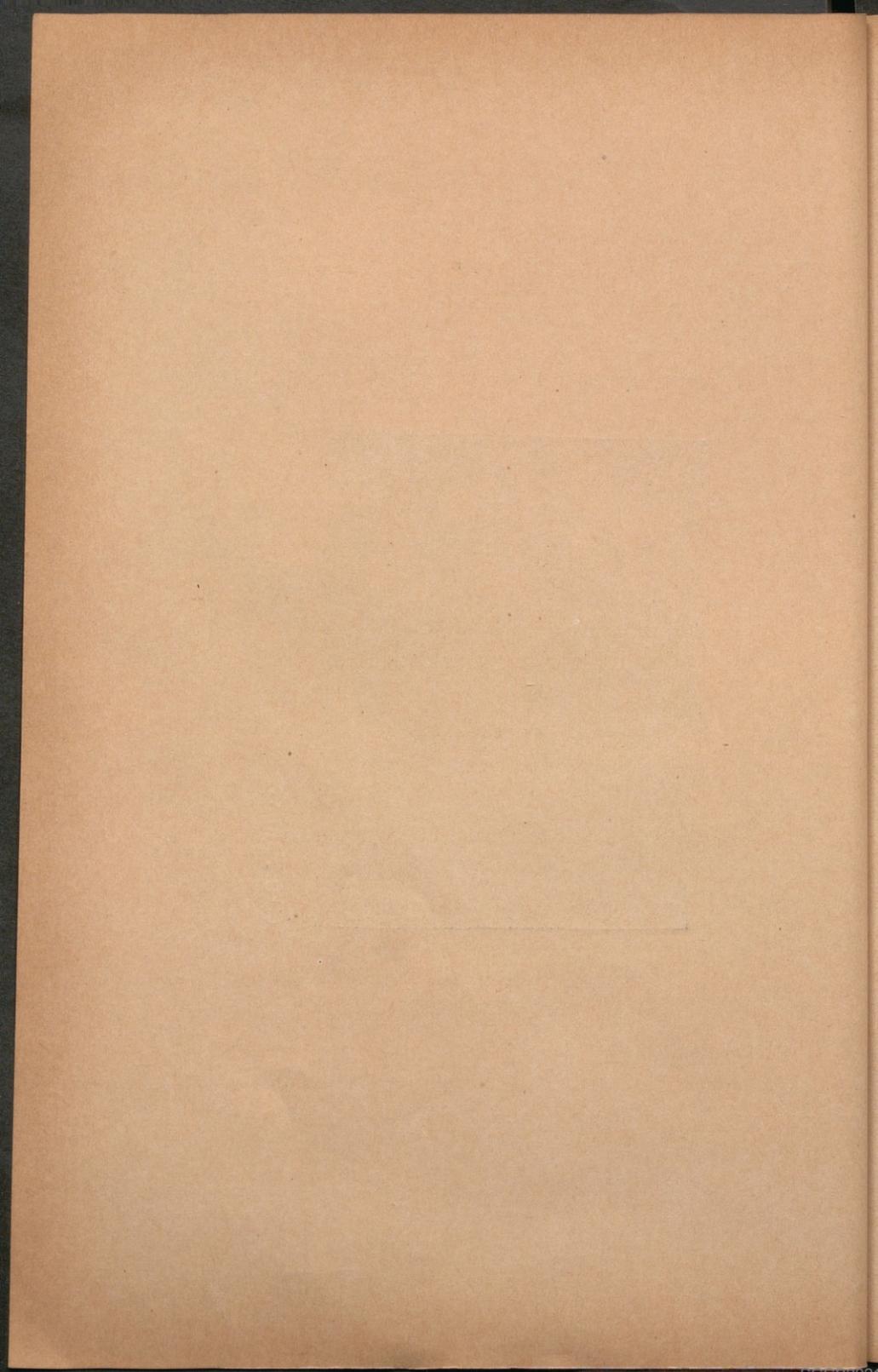
»Y era verdad. Aquellos aldabones habían salvado la vida á tres hombres.

»Sucedió esto en la terrible noche de la ruina de Consuegra. La tempestad empezaba. Negro el cielo y lanzando el agua acompañada de truenos incesantes; temblando la tierra con espanto, se oyó á lo lejos un rumor sordo que fué creciendo entre la oscuridad pavorosa. A la luz de los rayos vióse venir el agua en imponente avalancha y el pueblo entero tembló al primer choque, y un grito de espanto salió desgarrador de todas partes.

»Tres hombres venían perseguidos por la corriente. Desesperados huían de la inundación sin



CAU FERRAT



saber á donde iban, guiados por el instinto, y á sus gritos de auxilio, veían todas las puertas cerradas y sentían ya la muerte que arrullaba á sus espaldas.

»Hubo un momento en que se creyeron perdidos.

»El agua los lanzó sobre una puerta, y viéndolo en lo alto los dos góticos llamadores, se asieron á ellos, como á la postrera tabla de salvamento.

»Ateridos de frío, lo que vieron y oyeron desde allí es para morir de espanto.

»A veces por la calle se oían débiles voces y pasaba un hombre agonizando asido á endeble madero y el agua lo arrastraba y sus lamentos se perdían en aquella oscuridad sin límites. De vez en cuando bajaba un caballo moribundo y erizada la crin y las narices abiertas buscando aire, iba siguiendo los vaivenes de la avasalladora corriente. Otras, venía pausadamente un buey hinchado y se detenía sobre el cieno. Una luz se apagaba y era una casa que se hundía en el torrente. Callaba una voz y era un sér más que dejaba de existir. Hombres, mujeres y niños, se defendían gritando, sus lamentos formaban un coro terrorífico, las voces de socorro y los ayes

de dolor repercutían como un eco supremo y el agua corría indiferente, loca de orgullo y sublime de maldad, con toda la fuerza acumulada de su impulso poderoso.

»En tanto, asidos de la puerta, llamaban los tres hombres con gritos desgarradores. Llamaron toda la noche, toda aquella noche sin límites, y como respuesta oían por dentro otros gritos que contestaban á los suyos y de vez en cuando sentían temblar la casa que á pedazos íbase hundiendo.

»Estando así amaneció.

»Rendidos, extenuados, medio muertos, oyeron por fin abrir aquella, que debió parecerles la puerta del paraiso, y con agua hasta el cuello los desprendieron de aquellos góticos aldabones.

»A ellos debieron la vida. Ellos fueron las argollas del puerto de su salvación, el áncora que en el temporal les libró de aquel terrible naufragio. Para ellos, (añadía) sin aquellos llamadores, dos ex votos, para mí, humilde coleccionista, serán los dos hierros mimados que guardaré con más cariño.»



\* \* \*

Ya véis, dejando aparte la belleza que dá valor al objeto arqueológico, el doble interés palpitante que adquiere recogido por el propio coleccionista. Regaladle á este el Museo de Cluny con los tesoros que encierra y como no son recogidos por sí propio, se habrá curado para siempre de recoger antigüedades. Es preciso que lleguen una á una, que vayan echando raíces en el alma del amante de esas cosas y sobretodo que hayan sido difíciles de adquirir: que la antigüedad que se entrega, lo mismo que la mujer, se la tiene en poca estima y se la olvida facilmente.

Para tener en veneración un objeto, hay que haberle hecho la corte, haberlo deseado desde tiempo y así se le estima en proporción de los trabajos y sinsabores que cuesta.

Como prueba de lo que os estoy diciendo, y abusando de aquella cuerda sensible que os decía, de aquel afán de veterano platónico, permitidme

que, sentados, cabe imaginaria llar, os cuente algunas anécdotas referentes á mis hierros.

Estábamos en pleno movimiento de la Bolsa, en plena *fièvre d'or*, y los cambios subían hasta perderse de vista. Un bolsista tenía un aldabón en su poder que yo reputaba precioso. Conocía más su historia que la historia contemporánea, sabía su procedencia, tenía contados los golpes de martillo, recordaba el dibujo de memoria y lo ansiaba con toda la codicia de un loco coleccionista.

Por más que los cambios subían, subían siempre, sin descanso, algo me decía que detrás de una subida venía siempre una pendiente y que aquel hombre que así se jugaba su fortuna, se jugaba también el llamador, aquel querido llamador que tenía que perder en azares de juego caprichoso.

Yo, que nunca tuve afición á papeles *couponarios*, enteréme de su suerte llevado de otra afición, la de adquirir el hierro de mis amores. Supe la clase de papel que tenía aquel bolsista, supe la cantidad que en él tenía empleada y esperando sentado, como el mozo á la puerta de su casa, allí en aquellas columnas de números antipáticos del diario, miraba los vaivenes de las Orenses y las Fran-

cias, de los Nortes y de los Sudes y de los cuatro vientos cardinales, esperando la tempestad que sentía llegar por intuición arqueológica.

No es que deseara su ruina, pero sabía que no podía evitarla, y quería estar enterado.

Ella vino, y á mis brazos vino á caer el llamado y reuniéndolo con sus compañeros, salí enterado de lo que ya sospechaba, esto es: que hay manías que son más caras que las nuestras y que cuesta más, sin ser bello, el papel nuevo que todos los hierros viejos.

Algunos ponen la existencia en peligro, sin embargo, como nos aconteció yendo en busca de un dragón. Era de hierro y teníanlo en una ermita en lo alto de una montaña. Fuimos allí y encontrando á una mujer en la iglesia, la rogamos que dijera al párroco, que estaba ausente, si quería vendernos el extraño animalucho.

Decir esto y tomarnos por brujos ó endemoniados y entrarle una espantosa gritería, fué cosa resuelta y puesta á la práctica.

Gritando, la mujer se dirigió resuelta á la cuerda del campanario, para echarnos encima el somatén; detuvimosla nosotros, aulló ella de un modo que daba el vértigo, y representando allí la campana de la Almudayna, no tuvimos

más remedjo que encerrarla en la sacristía y marcharnos corriendo, sin dragón y sin sombrero, que dejamos abandonado en medio de la pelea.

Otro día compramos un llamador por diez duros y lo habíamos ya arrancado.

Llegó el viejo de la casa, y ante el vacío que el hierro había dejado en la puerta púsose poco menos que á llorar.

Compadecidos nosotros, le entregamos el objeto, y nos devolvió el dinero; pero cuál no sería mi sorpresa, cuando al cabo de algún tiempo, vendiólo el viejo por quince á un negociante y por veinte vino á caer á mis manos.

¡Tratábase de cinco duros ganados en fingidos sentimientos!

No importa. Astucias son éstas naturales del *negocio*, con otras astucias correspondidas, azares de un juego de antigüedades en aras de las cuales se sacrifican escrúpulos y ni la moral se respeta, ni la mismísima política... como lo veréis probado por la adquisición de un candelabro, valiéndome de los medios que enseña la ciencia de gobernar las naciones.

Habíalo visto fotografiado y existía en un lugar cerca de Berga.

Era propiedad del pueblo, es decir, de todo el mundo, y como eso del pueblo es una figura muy vaga, no sabía á quien tenía que dirigir mis ataques y me presenté al comité. Formaban el cenáculo tres personas, que por sí solas eran junta y las tres en santa armonía, partidarias de su jefe, que no nombro por guardar secretos profesionales. Gozaba de alguna influencia entre ellos, y abusando de ella, viene á decirles lo siguiente:

«Señores: los grandes hombres, tienen las grandes manías, y los pequeños las pequeñas. ¡Quién tenía que preverlo! Al jefe de nuestro partido le gusta, le entusiasma el hierro viejo. Á más del hierro, él ama en persona este distrito, y especialmente este pueblo, que se lo mira encariñado en el mapa.

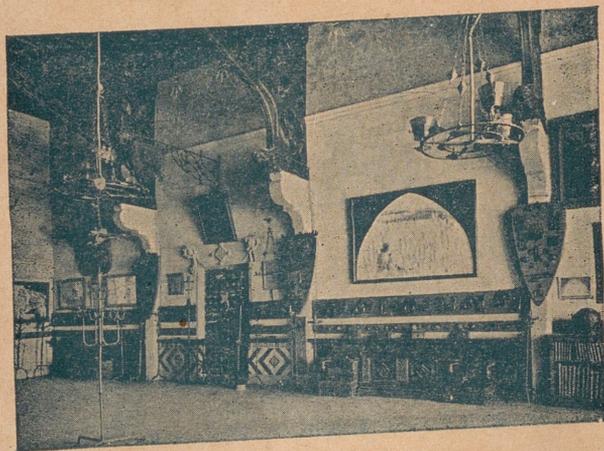
»Me consta, porque me lo ha dicho de palabra y no es hombre para torcerla. Él, intercedido por mí, os hará un puente sobre el mismísimo río, y otras mejoras, á cambio de un candelabro de transición que tenéis. Dádselo, que él sabrá corresponderos.»

No vaciló el comité ni un sólo instante, y se lo dió. Trajéronlo y aquí fué troya. El candelabro, aquel célebre candelabro era falso señores, falso de toda la falsedad de que es capaz un can-

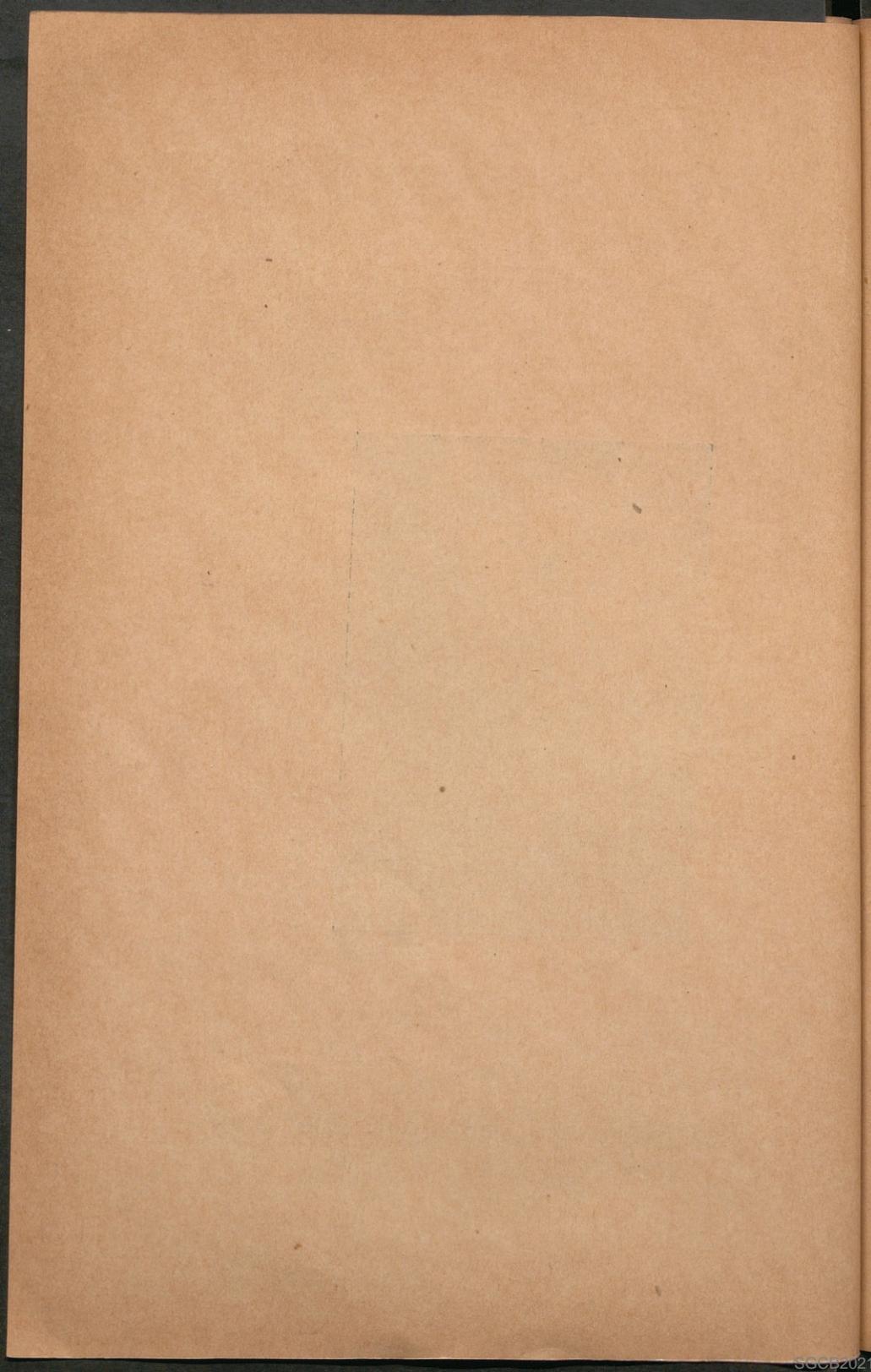
delabro. Trastórneme, me sosegué y más tarde, repuesto del disgusto, calculé que sin duda á principios de este siglo fué encargado á un forjador del país, y que éste lo copió de alguno de transición, sin culcular el mal que haría más tarde á la arqueología y aún á la misma política, ya que de ella me retiré desde entonces, como ántes de la Bolsa, y apartándome de sus luchas (que se llaman intestinas según creo) ni tuvo puentes el pueblo, ní el candelabro el jefe nato del partido.

¡Paz á los comités de buena voluntad y gloria en las políticas alturas! me dije en otra aca-sión; y para lograr mis fines, valíme de recursos más sencillos.

Había salido al campo poco menos que disfrazado, con facha de comprador, y perdía ya la esperanza de toda compra cuando la suerte (que tiene á ratos perdidos arranques de buena fé) me condujo de la mano á unos desvanes de una casa solariega. Entré y ví lo que había en ellos. Trozos de leña, mucho polvo, maiz, silllas rotas y maderas inservibles, pero de entre aquel desorden, vi surgir un arca desvencijada, luciendo en mitad del pecho una hermosa cerradura.



CAU FERRAT



El primer intento que tuve fué dirigirme al payés á fin de que me vendiera aquel pedacito de hierro, pero esto hubiera llamado su atención y el negocio caía á la bancarrota. Medité, y tras mucho meditar, por fin le dije que compraba todo lo que había en los desvanes. ¿El maiz también? me dijo—Todo: le respondí, y maiz, trozos de leña, polvo, sillas rotas, telarañas y maderas, todo me lo dió por seis miserables duros.

No hay que decir que arranqué la cerradura, sin perder un momento, abandonando el resto, ni porque añadir, que el payés me tuvo por rematadamente loco, como por loco tiene el payés á todo aquel que no comprende, sin por eso dejar de aprovecharse de las ajenas locuras.

Uno de ellos llamó una vez á la puerta de mi estudio y entablamos el diálogo que sigue:—Vengo á buscar la lámpara que compró usted á mi hermano y á devolverle el dinero.—La compré y es mía y no debo devolverla.—El no tenía derecho á vendérsela.—Pues yo lo tenía á comprársela.—Pues no es suya.—Pues ya no lo es porque la regalé, hace poco.—No señor, es esta que está colgada en la sala.—Esta es para gas y era para cera la de vuestro señor hermano.—Encendí los mecheros que en ella había puesto y quedóse el

payés confundido y patitioso, sin comprender que pudiera dar otra luz que la que siempre había dado.—Usted dispense, me dijo: realmente, no tenemos gas en mi pueblo.

\* \* \*

Pero estos son tratos hechos como quien dice con el mismo natural, adquisiciones directas, plantas cogidas en el bosque.

Lo triste es tenerlas que comprar al negociante, al que recorre los pueblos uno á uno y las montañas y los valles y no deja ni un rincón sin explotar, segando en todas partes sin compasión ni respeto.

El hierro en poder del negociante constituye un elemento de batalla entre él y el coleccionista. Si no puede venderlo intacto, con la savia del terreno, con las mismas raíces arrancadas de la grieta, lo pule, lo arregla y lo restaura disfrazán-

dolo con traje de antipática cultura; si aún así no logra los fines que se propone, procura echarle años encima con afeites que le den aspecto de mayor antigüedad, y si ni con ello puede engañar al profano, lo arrincona para hacerlo salir más tarde envejecido aún por medios artificiales, como joven precoz cruzado de prematuras arrugas y gastado por los goces de la tierra.

Hubo á quien compré una veleta del año mil setecientos, que no pudiendo restaurarla de otro modo, borró del siete la parte superior y lo convirtió en un cuatro, es decir: con un toque de buril, estafóme nada menos que tres siglos.

Pero más aún que en estos hombres, tenemos un enemigo terrible en *«El Inglés de las ofertas»*.

Nadie sabe quién es, ni cómo viste, ni qué fines se propone; va á todas partes ofreciendo raudales de dinero á la menor antigüedad que se presenta en su camino. Allí donde hay un cuadro antiguo, por malo y destrozado, ya lo ha visto el Inglés y por él ha ofrecido una fortuna; allí donde hay una verja, un llamador, ó una puerta clavateada cualquiera, ya el Inglés ha prometido cambiársela con otra de oro, peso á peso; no hay chirimbolo que no haya visto el Inglés, ni rincón olvidado que no conozca el Inglés; ni

terreno acabado de escabar que el Inglés no sepa y no haya ya explorado.

Y es que, el tal Inglés realmente existe, señores. Lo que hay es que en vez del Inglés tendrían más razón de llamarle «El extranjero». El inglés, es el museo de Louvre, el museo de Cluny, el de Kesington y tantos otros museos á donde van á parar y se guardan admirados, esos pedazos de patria que aquí miramos con desprecio ó con olvido. El que llaman el Inglés, es la cultura aprovechándose del lastimoso abandono en que son tenidos y la indiferencia con que son considerados estos restos del pasado, donde más amparo deberían encontrar; es la caza al objeto antiguo, siguiéndole la pista sin reposo y explotando la orfandad en que le vemos sumido, sin otro amparo en su pobre y modesta casa, que el que le prestan algunos entusiastas, considerados por el vulgo como seres semi-locos ó pobres iluminados; es la civilización explotando la ignorancia, es la actividad burlándose de la indolencia con que se mira todo lo que sólo satisface las necesidades del alma en estos tiempos de glacial positivismo.

El día que abramos los ojos, señores, habremos hecho tarde, porque el Inglés aquel no duerme;

se habrá llevado las obras originales y nos venderá á buen precio las frías reproducciones. Lo veo á cada momento. De aquí para allá he visto marchar muchos hierros y de allí hacia acá no he visto llegar más que uno y aun de bien triste manera.

Era una hermosa cruz de hierro, que habíamos comprado con Canudas, en un rincón de París.

Vivíamos entonces, en una callejuela de Montmartre. Una calle alumbrada con petróleo, tapizada de yerba, solitaria como un desierto. Entrábase por una tapia y encontrábase un jardín donde las plantas vivían tísicas, muriéndose de tristeza. Minado el terreno, descarnados los árboles y convalescientes las hojas, el aire corría gris por aquel patio y la noche llegaba antes que el día.

Allí, en jardín tan solitario, plantó la Cruz Canudas, y cuidóla como un enfermo y encariñóse con ella, como por triste y secreto presentimiento.

Acabóse el invierno en aquel país del frío y vino al país del sol nuestro amigo moribundo y vino la cruz también y sirvió para dar sombra á su tumba.....

Él es el único amigo de verdad que he visto marcharse del mundo, y la cruz el único hierro separado de mi colección querida.

\* \* \*

Concluyo. Como éstos podría contaros centenares de episodios, sino fuera abusar de vuestra benevolencia, ya que no hay ni un hierro de mi rebaño que no me cueste ó me valga una emoción, que no me inspire algún recuerdo, que no me traiga el aroma de su pueblo, que no oiga suspirar y quejarse á su manera, como aquellas cariátides que temblaron al ser arrancadas del dorado templo de Grecia y llevadas al país triste de la niebla.

Por ésto quiero estos hierros como algo propio que he visto crecer á mi lado, que adivino su nacimiento, que he conocido su historia. Veo en estos a'dibones las huellas del roce continuado que en ellos han dejado nuestros padres, quedan aun en estos candelabros las lágrimas de



cera que lloraron en su entierro, estos cerrojos guardaron sus tesoros, y marcaron estas veletas el viento de su fortuna y por esto quisiera que estos pedazos de patria fueran queridos por sus hijos y mirados con amor y con estudio.

La tendencia del modernísimo arte, es beber en las fuentes primitivas, donde mana el agua pura y libre de todo amaneramiento. La música se inspira en el canto popular, en la musa del pueblo la poesía, en los primitivos pintores la más moderna pintura y si queremos tener estilo propio decorativo, fuerza es que nos inspiremos en ese estilo de herencia, en estos restos del pasado, que aun siendo sólo indicaciones muchas veces, llevan en sí la idea matriz de un arte, la auténtica, la original, la más difícil porque es la única inédita y realmente creadora.

Tengamos presente, que la obra maestra no se sabe cuando nace. La vuelve obra maestra la sanción de varias generaciones: tengamos presente que las páginas que admiramos del pasado, fueron vistas quizás con indiferencia al brotar del cerebro del artífice, y las que no estimamos hoy han de amarlas los hombres de los siglos venideros si la obra resiste la crítica de los tiempos.

Tengamos presente, sobre todo, que muchas obras contemporáneas que reputamos perfectas han de caer en el más profundo olvido, mientras que han de quedar perennes algunas de las que vemos desdeñadas, y en tanto que el tiempo en su indiferente curso selecciona lo que hacemos, respetemos lo que ha llegado triunfante hasta nosotros.

HE DICHO.



